

REFLEXIONES

Poetas de New York

■ Hay ciertos hechos que son objetivos. Cualquiera visitante de la ciudad puede comprobarlo sin titubear. New York es una ciudad sucia, es peligrosa, es cara, su punto central —Times Square— es el lugar en el mundo donde se encuentran más prostitutas, homosexuales, drogadictos y delincuentes por metro cuadrado.

Y, sin embargo, no obstante estos hechos y su mala reputación que multiplica aún más sus reales defectos, New York es la ciudad del mundo que mayor atracción ejerce entre intelectuales, artistas, gente de sociedad y, sobre todo, poetas.

Un amigo, escritor mejicano de nota, me decía una vez: "Odio los Estados Unidos, pero amo a New York". Y con la segunda parte de su frase, al menos yo estoy totalmente de acuerdo.

Tras la basura y la pornografía, más allá de sus gangsters y sus traficantes de estupefacientes New York tiene una vida como la que no tiene ninguna otra ciudad del mundo. Sus habitantes no pertenecen a ninguna nacionalidad en especial. Son neoyorquinos. En su cosmopolitismo y sus múltiples facetas, cualquiera persona encontrará el grupo de amistades que le acomoda.

No es extraño pues que los poetas, cuyo oficio es el develar la realidad, hayan cantado tantas loas a New York. Yo diría que es la ciudad que mayor inspiración ha dado a la musa poética contemporánea. El hecho sería apenas lógico, si estuviéramos pensando en poetas norteamericanos solamente. En Archibald McLeish, por ejemplo, quien en su libro "Fortysecond street" canta líricamente a la belleza neoyorquina:

"Ciudad que arrodillada estuviste
en el agua del mar siente orgullo".

Pero lo interesante es que poetas latinos y más específicamente españoles hayan quedado prendados de la ciudad. Apparentemente, nada más distante de una ciudad española que los rascacielos de Manhattan. Sin embargo, León Felipe le ha dedicado uno de sus más hermosos poemas:

"Nueva York,

pedra, cemento y hierro en tempestad".

El caso más extremo, sin embargo, es el

de Federico García Lorca, quien no dedicó un poema, sino todo un libro; "Poeta en Nueva York" que escribió, según dicen sus biógrafos, cuando el poeta fue alumno de la Universidad de Columbia en el año académico 1929-1930. Y uso la expresión "según dicen sus biógrafos", porque del paso de García Lorca por la Universidad norteamericana sólo existe como constancia su ficha de matrícula.

Me encontraba yo, también como sedicente alumno de la Universidad de Columbia, cuando debía celebrarse un aniversario de números redondos de la muerte del poeta. Se preparó un homenaje en la Universidad para el exlímio ex alumno y se buscó testimonios de su vida universitaria. El resultado fue desalentador. Nadie le recordaba, ni los que suponían fueron sus profesores al menos los que debieron ser sus compañeros. Fuera de la matrícula, nada.

¿Qué hizo entonces García Lorca ese año? Su testimonio está en su libro. Recorria New York, lo miraba, lo admiraba, lo amaba:

"Nueva York de cieno,

Nueva York de alambre y de muerte,

¿Qué ángel llevas oculto en la mejilla?"

Me imagino al autor de "Bodas de Sangre" vagando por Manhattan, recorriendo el mismo itinerario que todo estudiante latino con sensibilidad ha hecho: tomando desayuno en una cafetería de la calle Amsterdam, asomándose a Harlem, conviviendo con los borrachos del Bowery, tomando el ferry para Staten Island, subiéndose asombrado a la cumbre del Empire State Building, compartiendo la bohemia del Villaje, visitando el pequeño cementerio que hay en el Wall Street, pero como además y sobre todo era poeta, todo eso lo vació en un libro.

¿Para qué querrian más testimonio de su paso por New York los funcionarios de la Universidad de Columbia que estos versos que rescatan una trasnochada del poeta que no quiso ser estudiante en libros?

"La aurora de Nueva York tiene
cuatro columnas de cieno

y un huracán de negras palomas
que chapoten las aguas podridas".

PARTIQUINO

ENCUENTROS